

DIMENSION SOCIAL DEL DESARROLLO Y AGRICULTURA SOSTENIBLES

Genoveva Ocampos

**Para contrapartes ICCO
1998-11-18**

El quid de la cuestión es pensar el tema en el marco de la Krisis, ganar en objetividad superando generalidades, voluntarismo o recursos a la fe.

Luego de dos décadas de crecimiento con altibajos pero crecimiento al fin, parecía que con la transición democrática, bastaba con soñar e invocar para mantener un cierto optimismo sobre las posibilidades de desarrollo. Hoy al término de esta década quizás perdida de transición el panorama es otro, los desafíos son más evidentes y requieren de mayor claridad conceptual, estratégica y operativa.

En el contexto latinoamericano, la visión imperante de desarrollo a secas, del desarrollo sin adjetivos, que se construye desde los años 50s era la del crecimiento económico. Industrialización, urbanidad, polos de desarrollo se constituyen en paradigmas que conducirían a la región a la bonanza e integración social. Dadas nuestras características peculiares, en Paraguay se apuesta a la agro exportación, al crecimiento hacia fuera y desde afuera, y no a la industrialización y el mercado interno como nuestros grandes vecinos. Pero en ambos casos, la meta era la modernización económica y agrícola inducida por el Estado. Las metas sociales estaban implícitas en este objetivo. La sociedad se disolvía en la economía y no se hablaba de políticas específicas o de la relativa autonomía de lo social en aquel entonces.

Luego vino la década perdida, la crisis de la deuda externa y la constatación de que el crecimiento se “desvió de sus objetivos originales”, los frutos del mismo no se desparramaron desde arriba hacia abajo como se auguraba, y todo esto fue generando concentración, exclusión, desempleo, pérdida del poder adquisitivo, pobreza. El modelo era incapaz de integrar sectores sociales cada vez más amplios. La lógica del desarrollo resultó ser excluyente por naturaleza, la realidad reacia a reducirse a unos cuantos indicadores. Los actores sociales privilegiados en el modelo tradicional, empresarios y sindicalistas comienzan a perder terreno, surgen los llamados movimientos sociales, que en nuestro caso incluye al campesinado y esa ancestral búsqueda de la tierra sin mal. Las mujeres adquieren carta de ciudadanía.

La creciente marginalidad social y los desarreglos de la urbanización obligan a plantear por vez primera políticas complementarias, por ejemplo, en el campo de la vivienda y del saneamiento ambiental. Pero por lo general, el marginado es en cierta medida asumido por la beneficencia social amparada por el Estado y producto de los beneficios de los juegos de azar.

Sin embargo, para apuntalar la ansiada modernidad, el Estado asume cada vez más funciones, a la par que incrementa su participación en la economía incursiona en el difuso campo de lo social. En América Latina, el Estado de Bienestar se impone de alguna manera asumiendo las responsabilidades que la economía y la iniciativa empresarial no podían solventar. Hasta que la crisis se instala con su carga de frustraciones y, creciente deuda externa, desequilibrios comerciales, desequilibrios fiscales y financieros, inflación.

Y se elaboran nuevas propuestas. La primera y la más contundente en sus inicios, fue la neoliberal. La misma pone el énfasis en los equilibrios macroeconómicos, la economía debía de despojarse de todo lo que le resultara ajeno. El Estado busca reducir su papel de conducción y regulación de los procesos económicos y relegar su intervención en lo social a determinadas políticas compensatorias. La discusión que origina la propuesta neoliberal no está centrada, como podría suponerse, en la capacidad de lograr estabilizar los indicadores macroeconómicos, sino más bien en el inevitable costo social que encierra su aplicación.

La dimensión social del desarrollo cobra forma. Pero ante la debilidad de las posiciones alternativas, el eje del debate tiende a desplazarse del modelo global a las medidas compensatorias. Todo esto en momentos en que se reinstaura o se inaugura la democracia, lo que genera más presiones y tensiones.

Hoy día, es en este marco de crisis del desarrollo y crisis de la transición que se plantea el significado, las modalidades y alcances de la política social, con la que se pretende enfrentar la pobreza. La crisis profundiza la separación entre lo económico y lo social. Las distancias entre Estado y Sociedad pueden ahondarse cuanto el estancamiento económico compromete el ejercicio de derechos ciudadanos, el trabajo en primer lugar.

Colocar sobre el tapete a las políticas sociales implica reconocer la necesidad de definir nuevas modalidades de desarrollo, algo alternativo a lo que estuvo vigente y a lo que propone el neoliberalismo, que también presenta sus riesgos e incógnitas. Para muchos el desarrollo social engloba al económico, pero no puede sustituirlo. La falta de claridad sobre cómo compaginar política social y política económica sigue vigente.

Ya no sólo se trata de superar el enfoque estrictamente económico sino también de no caer en el otro extremo, de subsumir lo económico en lo social. Es el mercado el que genera empleo y los incentivos para innovar, pero la mano invisible no funciona en la medida de lo deseado, se requiere también del Estado para redistribuir recursos e igualdad de oportunidades. Es el Estado y no el mercado el garante del orden social.

Una política social compensatoria es quizás inevitable, pero no hará milagros. Tampoco se trata de contentarnos con migajas, con paliativos para combatir la pobreza, con fondos de inversión que distraen a los pobres.

Por cierto que el rescate de la dimensión social del desarrollo, que también tiene su especificidad y un comportamiento que no siempre depende de variables económicas, sitúa el debate en el nivel correcto: el del ordenamiento global pero este tiene al menos 3 dimensiones que interactúan de alguna manera: Lo social, lo político y lo económico/Sociedad, Estado y mercado. La apuesta por lo social obliga a elaborar propuestas estratégicas en al menos 3 niveles: a) combate a la pobreza enfrentando los problemas sociales y económicos que conlleva la crisis; b) rediseñar un ajuste que no se reduce al control de indicadores macroeconómicos, sino que ataca la misma operativa del sistema; y c) seguir empeñados en construir una sociedad más incluyente, más democrática.

Todo esto suena a *deja vu*, pero hay que insistir en el análisis crítico de las variables, los condicionantes y los instrumentos de una política más englobante en materia de desarrollo. El problema es que el margen de maniobra en un mundo globalizado se

estrecha, y hasta hay que lidiar con el impacto de una crisis global que nadie pudo prever.

La verdad es que nos movemos en un terreno complejo, incierto y caótico: entre el estrecho marco de políticas compensatorias que a penas comienzan a ser ensayadas y con dificultades y los problemas presupuestarios y de eficiencia de las políticas sociales tradicionales o universales por un lado; una realidad económica presa de recetas neoliberales y de los vaivenes del mercado, una creciente desafección o apatía ciudadana por el otro. De ahí también la necesidad de imprimir cierto rumbo y direccionalidad desde abajo, enfrentar con creatividad el desasosiego y la baja autoestima, ganar tiempo al tiempo mejorando la productividad, superar la mentalidad “extractiva” por una más conciente de la necesidad de reposición de energías, del manejo y no explotación de los recursos naturales.

La política social alude a una concepción global de desarrollo y exige un creciente involucramiento ciudadano. Pero ojo con las recetas a este nivel, con apresurar acciones cuando otros se preparan para cortar la torta...en beneficio propio, y con recurso al prebendarismo. Con la intención de redimir a los pobres y en tiempos críticos el populismo mesiánico parece estar a la vuelta de la esquina y nos descoloca.

Apostar a una redefinición de las relaciones entre lo económico, lo político y lo social, exige a su vez una redefinición de la relación entre Estado y Sociedad civil, y dado el contexto caótico que nos toca en suerte, más vale ser cautelosos en materia de directrices sobre organización social pero más efectivos en propuestas tecnológicas, que superen la etapa del ensayo y error.

Los resultados de un modelo que ahora trata de acomodar estatismo y neoliberalismo, están a la vista, en los periódicos y en las estadísticas de desarrollo humano: creciente pobreza rural, necesidades básicas insatisfechas, problemas sociales irresueltos y en vías de agravarse, inseguridad ciudadana, estancamiento económico, inmediateismo y corto plazismo, incapacidad de ver más allá del interés particular, sociedad fragmentada, organizaciones sociales débiles y dispersas.

El costo social del ajuste puede que sea menor en Paraguay, dónde las teorías se estrellan con una versátil e indomable realidad, pero aún nos faltan datos y trayectoria para entrar en materia. Lo cierto es que con o sin ajuste, la pobreza es una dura realidad que compromete el desarrollo sostenible. El campesino fue siempre austero, frugal, sólo el desarraigo, la pérdida de identidad y el mal ejemplo de caudillos modernos lo convierten en un arrivista. En términos políticos, quien sabe, todo dependerá de la capacidad de respuesta societal, de los márgenes de tolerancia ante una situación de creciente ingobernabilidad. De ahí también la necesidad de visualizar nuevos ámbitos de actuación e interacción en el terreno de lo social, los impases y los desafíos más inmediatos y a futuro.

Combate a la pobreza, es el lema del presente. Y puede ser adoptada siempre y cuando se tenga presente que los pobres son también ciudadanos con derechos, productores con familia y fuerza laboral subutilizada. El combate a la pobreza rural exige algo más que política social. El DRS tiene que compaginar política social y económica con un replanteamiento del quehacer político. El DRS exige:

- consensos sociales y políticos que puedan dar sustento y legitimidad a la estrategia. La crisis del sistema político y de la cultura política no contribuyen por cierto al tratamiento de temas candentes, de interés nacional. El oportunismo no es buena asesora para un replanteamiento del orden vigente. La pobreza en este contexto puede ser, ya lo fue en el pasado, objeto de manipulación política.
- enfrentar el paternalismo y asistencialismo del Estado con propuestas de reformas y fiscalización de la gestión pública, es todo un desafío inmediato. El campo de las interacciones sociales se complejiza, hay nuevos actores pero difícilmente éstos puedan sustituir la acción del Estado, más aún ante los desafíos en juego, los rezagos existentes. La reforma del Estado no es un problema de tamaño sino más bien de hábitos y de gestión.
- Enfrentar una visión tecnicista. El Estado benefactor pierde asidero pero la tecnocracia y tecnicismos imperantes seguirán contribuyen a la despolitización, a reducir al pueblo a una masa desinformada y pasiva, que se contenta con ayudas esporádicas y con promesas mal habidas. La despolitización de las acciones sociales, su transformación en problemas estrictamente técnicos, implica una negación de la idea central de democracia, del desarrollo concebido como un proceso participativo con altibajos. Atrás quedó la idea de un crecimiento lineal y de la necesidad de un plan global, quinquenal u otro pero subsiste la necesidad de racionalizar la intervención del estado y de propiciar la participación social y ciudadana.

Como ven uds. muchas variables a considerar si abordamos nuestro quehacer en la perspectiva del desarrollo sostenible. Se me hace que el concepto de Desarrollo Rural y agricultura sostenible obligan a focalizar, a concentrar los esfuerzos sin perder de vista el entorno y la globalidad. Es más práctico y operativo, obliga a priorizar aspectos que tienen que ver con la productividad, los recursos naturales, la biodiversidad, el enfoque sistémico y los sistemas productivos, las tecnologías apropiadas y las modalidades de producción de conocimiento, el intercambio entre saberes, la organización social y una asesoría y acompañamiento más profesional de las OS.

En síntesis, la dimensión social del desarrollo sostenible nos obliga a prestar atención al factor humano: las capacidades y los recursos humanos, las habilidades según el género, la difusión de las prácticas mejoradas, la comunicación y las relaciones con el entorno. Sólo así estaremos en mejores condiciones de contribuir a nuevas dinámicas de relacionamiento en ámbitos más acotados, locales y a un mejor posicionamiento de las organizaciones de la sociedad civil para superar la crisis actual.